

este documento y convertirlo en un libro necesario para la traducción intercultural.

ASCENSIÓN HERNÁNDEZ DE LEÓN-PORTILLA  
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Hill, Jane H. y Kenneth Hill, *Hablando mexicano. La dinámica de una lengua sincrética en el centro de México*, México, CIESAS-INI, 1999.

Este libro fue publicado originalmente en 1986, es decir, hace más de una década. Sin embargo, sus contribuciones siguen siendo totalmente vigentes, aún cuando sea para despertar polémica. Basta con decir que se trata de la obra sociolingüística más completa de cualquier lengua mesoamericana con la que todavía contamos hasta la fecha. Por múltiples razones, la traducción nos tomó varios años, lo cual en ocasiones nos llevó a desalentarnos, a pensar que la obra se desactualizaría. Afortunadamente nos equivocamos.

Dado que un título intenta capturar el sentido global y lo esencial de cualquier trabajo, finalmente decidimos apegarnos lo más posible al título original, sin añadir ni cercenar nada. Por ello preferimos el gerundio al infinitivo. Así quedó *Hablando Mexicano. La Dinámica de una Lengua Sincrética en el Centro de México*. *Hablando* alude al contenido central de la obra, que concibe al habla como un proceso dinámico y cambiante, sensible no sólo a los contextos socioculturales en los que se enmarca su uso, sino al deseo expreso, que se manifiesta hacia el final del trabajo, de buscar estrategias que permitan darle continuidad a la lenguas y culturas mesoamericanas, en este caso a la mexicana.

Su actualidad radica en los numerosos aportes para la comprensión del dilema entre el mantenimiento o pérdida de una lengua indígena, el mexicano. Este libro ha sido objeto de numerosas reseñas en distintos medios. Por razones de espacio no puedo reseñar todos y cada uno de sus aciertos, con lo que además los privaría del placer fundamental de su lectura. Más bien, a partir de mi relectura de la traducción, discutiré algunos de los puntos que me parecen de las contribuciones más valiosas y sugerentes de la obra. Puede decirse que, en realidad, aunque no se enuncie así, el libro trata de la compleja dinámica que caracteriza a los conflictos sociolingüísticos.

La sociolingüística de los conflictos entre las lenguas indígenas y el español en México es una tentativa relativamente reciente de abordaje de la situación de las lenguas indígenas. Este enfoque ha estado abrumadoramente marcado y dominado por una perspectiva

monolingüe del bilingüismo, en la que se sobredimensiona, en ocasiones de manera bastante mecánica y superficial, el papel del español en el desplazamiento lingüístico. Así se supone que lenguas como el otomí del Valle del Mezquital ya casi no debería estarse hablando. En la práctica, al desarrollar casi toda la investigación en castellano, semejantes concepciones contribuyen, en mayor o menor medida, al propio desplazamiento. No es el caso de *Hablando*. Los autores enfrentaron estas limitaciones a través de una entrevista sociolingüística en mexicano, que aplicó un hablante nativo, Alberto Zepeda (q.e.p.d). Me parece que una de las ventajas e innovaciones del trabajo es que permite integrar una perspectiva mucho más completa, que hace justicia a la complejidad de los hechos sociolingüísticos, incluyendo acceder a la reflexividad metalingüística a través de la propia lengua indígena —aún cuando esto se dé a través de un instrumento que podría pensarse como relativamente ajeno a los estilos conversacionales de las propias comunidades bajo estudio— la entrevista.

Los detractores de la obra dirían que la entrevista sociolingüística es un instrumento limitado para entender el uso de la lengua en interacción verbal. No dudo que los autores reconozcan algunas de sus limitaciones, como de hecho ocurre cuando nos recuerdan que en sus preguntas se coló (por lo menos) una presuposición que anticipa ya la respuesta, como es el preguntar si a la gente le da vergüenza hablar o si se está triste o contento porque esté desapareciendo el mexicano. Pero me parece que el resultado permite no sólo asomarse a la dinámica del uso y función de la lengua mexicana en contacto con el español y sus efectos, sino reivindicar la entrevista como un instrumento productivo para la construcción del dato sociolingüístico. Por ejemplo, los autores avanzan la idea de que la entrevista también constituye una suerte de género interaccional —que por lo demás no es ya tan ajena a comunidades tan profusamente visitadas por los investigadores— que en la práctica puede ser contestada y negociada activamente por los participantes, tal como ocurre con varias de ellas. La investigación fue adicionalmente completada con observaciones de conversaciones más espontáneas, incluso la propia entrevista está diseñada (con base en preceptos Labovianos) para acceder al habla más espontánea, con lo que el cuadro de uso de la lengua se perfila bastante completo.

De cualquier manera, el enfoque teórico también resulta bastante atractivo, en la medida en que oscila productivamente entre la etnografía de la comunicación a la sociolingüística más de corte interaccional, sin pretender aplicar mecánicamente ninguno de estos enfoques, apelando a la translingüística Baktiniana para entender la compleja polifonía de voces en juego en el discurso bilingüe. Considero este

otro de los méritos del trabajo. Al desarrollar un enfoque más bien ecléctico para abordar la naturaleza dinámica de las prácticas bilingües, los autores logran hacer justicia a su complejidad, sin reducir la variabilidad bilingüe a un modelo todopoderoso que por ejemplo quisiera distinguir tajantemente el préstamo del cambio de código o definir estáticamente las relaciones diglósicas, donde una lengua siempre ocupa la posición alta y la otra la baja. Por el contrario, los hallazgos con respecto al lugar de las lenguas en la vida social mexicana de la Malinche indican que el mexicano llega a ocupar el polo alto de la relación, mientras el español llega a considerarse la lengua de la desconfianza, del insulto, de los coyotes —en el sentido peyorativo que le dan los nahuas, no sólo de ésta sino de muchas otras regiones como la Huasteca—. Así, entendemos que el mexicano cumple una función muy importante en la comunidad. Las funciones del código del poder, el español, pueden llegar a invertirse y revertirse al de la solidaridad, el mexicano, pasando éste a ocupar el lugar de aquel. Un ejemplo muy interesante de tal situación es la necesidad de algunos jóvenes migrantes de aprender el mexicano para poder reintegrarse a las redes internas de la solidaridad comunal, con lo que los hablantes de español como primera lengua recuperan su lengua materna como segunda lengua.

En este mismo tenor, otro acierto del trabajo es que nos permite enfrentar mitos todavía muy arraigados no solamente en el sentido común, sino incluso en el ámbito de los especialistas de la lengua, como la idea del empobrecimiento de la misma. Hace poco tuve la oportunidad de corroborar esto al escuchar una plática de un famoso lingüista, que consideraba que el náhuatl había sufrido un gran empobrecimiento al perder las formas más puras de la alta retórica clásica. Por el contrario, *Hablando* nos sugiere un enfoque distinto, en el que el amalgamamiento de las lenguas puede concebirse como una estrategia de sobrevivencia que incluso llega a ampliar el espectro expresivo de la lengua. Daré un ejemplo derivado de mi propia investigación, en el Alto Balsas, Guerrero, en comunidades que presentan un náhuatl bastante conservador como es San Agustín Oapan. Ahí se utiliza el híbrido *nohijo* “Mi hijo varón” que se opone a *nokoney* “Mi hijo”, que se utiliza como la forma genérica.

*Hablando* reporta más de una década de trabajo de campo. Para que apareciera la traducción también hablamos de más de otra década. Esperamos que en la próxima década aparezcan más trabajos de este tipo con muchas otras lenguas mesoamericanas, y que el proyecto sincrético, la amalgama de voces mexicanas, florezca y encuentre nuevos asideros que le permitan dar continuidad a añejas y a la vez nuevas formas de hablar. Para ello será también necesario que nosotros como especialis-

tas sigamos no sólo investigando las lenguas indígenas, sino redoblando esfuerzos que, como la investigación, contribuyan de forma decisiva al desarrollo lingüístico y cultural de las lenguas amenazadas de extinción. En este sentido, *Hablando* demuestra cómo los hablantes han sabido darle continuidad, resistir y adaptarse a los embates de la supuesta civilización moderna, que nos es otra cosa que un capitalismo salvaje que amenaza permanentemente la sobrevivencia de lenguas y culturas milenarias, por lo que su lectura está destinada a convertirse en lectura obligada para todo aquel comprometido con el futuro no sólo del náhuatl, sino de cualquier lengua indígena.

JOSÉ ANTONIO FLORES FARFÁN

*La sabiduría de la palabra. Memoria del Simposio Conmemorativo del XXX Aniversario de la Dirección de Lingüística del INAH, 1968-1998*, coordinadores Ignacio Guzmán Betancourt y Martha C. Muntzel, México, INAH, 2002, p. 257.

*La sabiduría de la palabra* es el título, por demás sugerente, del atractivo volumen coordinado por Ignacio Guzmán Betancourt y Martha C. Muntzel, ambos reconocidos investigadores de la Dirección de Lingüística del INAH.

La palabra es el medio con el cual nos referimos a la realidad, es la forma como podemos traducir las experiencias emanadas de nuestro entorno, pero también aquellas otras que son producto de nuestra muy particular percepción. Numerosas son las funciones que se le han asignado y las maneras de abordar esta unidad lingüística, como veremos en este breve recorrido por las páginas del libro que aquí nos ocupa.

La importancia del acto designativo queda manifiesta en el libro del *Génesis*; ahí encontramos un claro testimonio de cómo el lenguaje es consustancial al hombre: Yavé presentó a Adán los distintos ejemplares del reino animal para que éste les impusiera sus nombres específicos. No aludiremos aquí a los argumentos sostenidos por Leibniz y Locke respecto a la manera en que el primer hombre procedió a realizar dicha operación; esto es, si lo hizo conforme a la naturaleza de lo nombrado o si, por el contrario, lo realizó sin tener en cuenta ningún lazo natural entre la especie y el sonido que hacía referencia a ella; sólo queremos destacar que el lenguaje articulado es privativo y propio del hombre.

Partiendo de esta premisa, nos referiremos a uno de los trabajos que integran *La sabiduría de la palabra*. En él se alude a la dispersión de los hijos de Noé, Sem, Cam y Jafet, después del Diluvio, por diver-